mirar tan estupenda maravilla: tan grande admiración y pasmo le había causado la mano del Salvador.

¡Oh amadas esposas del Hijo de Dios! Procurad también vosotras alimentar en vuestros corazones los mismos sentimientos para con vuestro celestial Esposo; debéis renunciar, no sólo al amor, sino también a mirar cualquiera belleza que sea inferior a la de vuestro amado Esposo. De los discípulos de Pitágoras se refiere que, después de haber contemplado la luz del sol, que ellos miraban como a su dios, acababan por arrancarse los ojos, para no profanarlos con la vista de otros objetos. La incomparable belleza de vuestro Esposo, ¿no acabará con vosotras para obligaros a cerrar los ojos, de suerte que no volváis a abrirlos para mirar, aunque no sea más que de paso, los frágiles y miserables encantos de las criaturas?

2. De la riqueza de Jesucristo

Consideremos ahora si vuestro Esposo, a la dignidad y hermosura de su persona, une la ventaja de las riquezas, y si por este concepto, se hace acreedor a vuestra elección.

Así como en su dolorosa Pasión se presenta sin dejar de ser hermoso, desfigurado y como leproso, así también bajo el manto de la pobreza oculta una gran riqueza. Es legítimo heredero del Padre Eterno, dándole por herencia todas las cosas, como dice San Pablo. Es here-

dero de todo lo que su Padre posee, de todos sus haberes, de todas sus riquezas, de todos los tesoros que pueden sacarse de la mina inagotable de la omnipotencia y de la ciencia infinita de Dios. *En Él,* dice San Pablo, "están encerrados todos los tesoros de sabiduría y de ciencia" (143). Su Padre celestial ha puesto en sus manos todos los tesoros, todas las riquezas; nada se ha reservado, se lo ha dado todo, poniendo este inmenso cúmulo de bienes a su disposición, como dice San Juan: "El Padre le ha puesto todas las cosas en sus manos" (144). Todo es suyo, por consiguiente; pero advertid que no sólo es rico y tiene todo a su disposición, sino que Él mismo es el tesoro, la mina, la fuente de todos los bienes que encierra la divinidad; de suerte que de Él proceden todas las riquezas, hasta el punto de quedarnos pobres y miserables si no acudimos a Él. Este es el rico Señor que habéis escogido por esposo.

Pero bien será entender que estas riquezas, aunque las distribuya con larga mano, no disminuyen ni se acaban, como se acaban y disminuyen los tesoros de la tierra; ni tampoco las tiene ocultas y sepultadas, como tienen ocultos sus tesoros los mundanos, los cuales, más bien que señores, son esclavos de sus riquezas. Los esposos del mundo guardan la llave de sus tesoros, y a las veces dejan padecer hambre y necesidad a la casa

---

143: In quo sunt omnes thesauri sapientae et scientiae absconditi. (Col II 3).

144: Omnia dedit et Pater in manus. (Jn XIII 3).

y a la esposa; y ¡desventurada la que se atreve a pedir o a tomar secretamente una parte para atender a sus necesidades!

El divino Esposo, por el contrario, es dueño verdadero de sus bienes; pero a la vez es generoso y liberal, se complace en que su esposa sea dueña de todo, y por esto le abre las puertas de sus tesoros; y mientras más desea, más dispuesto está a concederle; y a medida que ella quiere tomar, le abre más la mano; y cuando ve que la esposa ambiciona más dones y riquezas, más le prodiga sus favores, gozoso de tener ocasión para darle sin tasa ni medida.

Mirad cómo la esposa de Cantares, que sabe por experiencia cuán largo y generoso es para otorgar mercedes, nos describe las manos de su Esposo: "Sus manos de oro, y como hechas a torno, llenas de jacintos" (145), cargadas de piedras preciosas y de ricos tesoros. La mano, para que sea perfecta, no debe ser redonda, sino larga: "Sean largos los dedos -dice el poeta-, sea también la mano larga" (146). Si el divino Esposo es perfecto en todos sus miembros, ¿cómo es posible que sus manos sean redondas y no largas? Y si son redondas esféricas, ¿cómo pueden estar llenas de gracia? ¿Cómo pueden guardar los tesoros que encierran?

145: Manus illius tornatiles, aureae, plenae hyacinthis. (Cant, 14).
146: Sint longi digiti, sit longa manus.

Pues en esto cabalmente consiste la perfección de su forma: son redondas y a la vez perfectas; perfectas, porque este Esposo admirable carece de toda imperfección; son redondas, para declararnos que siempre están abiertas y nunca cerradas; y como quiera que son redondas, tienen que estar siempre abiertas para derramar sus tesoros. La forma que más se presta al movimiento es la forma redonda; un cuerpo esférico colocado en un plano perfecto está siempre en movimiento, que por esto el divino Esposo tiene las manos esféricas, dispuestas siempre a dar, y siempre redondas, sin poderlas cerrar a quien desea recibir beneficios y favores.

Tal es el Esposo que habéis elegido; todas sus riquezas son vuestras; todos sus tesoros están a vuestra disposición. Él no sabrá rehusaros nada. "Todas sus cosas -dice el Apóstol- son vuestras, y vosotras sois de Cristo" (147). Ya que os habéis resuelto a ser de Cristo y a uniros a Él con el estrecho vínculo de esposas, vuestro es todo lo que posee el celestial Esposo, vuestras todas sus riquezas, vuestros todos sus tesoros.

Pero si es tan rico, ¿por qué se presentó tan pobre en el mundo? Pobre y desnudo nació en un establo; pobre y desnudo murió en la cruz; quiso que sus esposas fueran también pobres, ¿por qué? Se hizo pobre para enriquecer a sus esposas, pero desea a la vez que ellas sean también pobres, para que puedan poseer todas sus ri-

---

147: Omnia vestra sunt, vos autem Christi. (I Cor III, 22).

quezas. "Bien sabéis -dice San Pablo- cuál haya sido la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por medio de su pobreza" (148). Es necesario que lleguéis a comprender esta verdad, sin dejaros engañar por los falaces pareceres de las gentes del mundo; en este momento debéis comprender cuán grande es la merced que os ha hecho Jesucristo, el cual, gozando de todo género de riquezas en el seno de su Padre, apareció en el mundo vestido con el manto de pobre, para distribuir entre vosotras sus riquezas; y si manifiesta deseos de que, como esposas suyas, os asemejéis a Él en el estado de pobreza, que tomáis por vuestra elección, es para enriqueceros con todos sus tesoros, de los cuales se ha privado por vuestro bien.

Si quereis formar cabal concepto de la grandeza de este favor, considerad el cúmulo de beneficios que os ha dispensado desde el momento mismo en que, abandonando el mundo, os vestís ese humilde hábito. ¡Oh qué ricas y ataviadas debéis parecer con él a los ojos del Padre Eterno y de sus santos ángeles! Os habéis despojado de los lujosos vestidos del siglo y habéis renunciado a cuanto poseéis y podéis poseer, y vuestro divino Esposo, al vestir vosotras el hábito religioso, ha revestido no vuestro cuerpo, sino vuestra alma, con las vestiduras preciosas de la gracia.

148: Seitis enim gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dive, ut illius inopia vos divites essetis. (II Cor VIII, 9).

Yo te vestí, dice el Señor por Ezequiel, *con ropas de varios colores.* Ha revestido vuestra alma con el traje nupcial tejido por sus manos, es decir, con su divina gracia. "Yo te di ceñidor de lino fino". Habéis recibido ceñidor de tosca tela, pero Él os ha dado el cíngulo de la pureza, que es el adorno entre los ángeles el más estimado. "Te di calzado de color de jacinto". Habéis calzado vuestros pies con pobres zapatillas, y Él os ha dado calzado fuerte y de lujo, para caminar alegres y regocijadas por la senda de la virtud, levantando vuestros pensamientos sobre todo lo criado. "Yo puse un collar alrededor de tu cuello". Ahora cubrís el cuello: con sencilla toca mientras que Él os ha adornado con collar de magníficas perlas, que son los méritos que habéis de atesorar por la santa obediencia. "Y adorné con joyas tu frente". Mientras que cubrís la cabeza con pobre velo, os ha escogido para esposas del Rey de la gloria, depositando sobre vuestra frente corona de perlas preciosas, que son los dones del Espíritu Santo. "Y extendí sobre ti la punta de mi manto". (149). Cubrís vuestro cuerpo con manto de lana, y Él ha extendido sobre vosotras el manto real de su amor, poniéndose a vuestra disposición. Decidme: los esposos del mundo, ¿dan con tanta largueza? ¿Prodigan así sus tesoros y riquezas para vestir y adornar a sus esposas?

149: Expandi amictum meum super te. -Vestivite discoloribus. - Cinxi te bysso. - Calceavi te janthino- Dedi torquem circa collum tuum. Dedi coronam decoris in capite tuo. (Ezech XVI, 8-12).

Tal es el divino Esposo: es rico y da sin tasa y prodiga con amor; y ¿todavía habrá que moveros con exhortaciones, consejos y mil géneros de argumentos a que los escojáis por Esposo? Y ¿no lo abandonaréis todo con gusto y hasta con alegría para disfrutar de sus riquezas, para gozar de sus tesoros? Y ¿no daréis mil acciones de gracias al Señor por haberos llamado a tomar este estado, en el cual, renunciando a los bienes de este mundo, bienes siempre miserables aunque fueran reinos e imperios, os disponéis a uniros con un Esposo tan rico y tan pródigo de su tesoros?

3. Fidelidad de Jesucristo

Pero me diréis: ¿cómo podré yo estar contenta por haber escogido a un Esposo tan amable por sus cualidades y tan codiciado por sus riquezas, si no ha de alejarse de mí tornándome la espalda, como veo y me dicen que lo hace a cada paso con sus esposas más amadas, dejándolas abandonadas a las más dolorosas pruebas interiores? Esto es lo que se ve, en efecto, y se advierte a través de las quejas que exhala la esposa amante del Cantar de los Cantares: "Daré, dice, vueltas por la ciudad y buscaré por calles y plazas al Amado de mi alma". ¡Ay! "Le busqué y no lo hallé" (150). La esposa

150: Per vicos et plateas quaerum quem diligit anima mea; quaesivi illum et no inveni. (Cant III, 2).

lo busca con extremada solicitud, con ansiedad y con amor, y, sin embargo, el divino Esposo parece insensible a sus angustias y dolores.

Verdad es que a veces obra de esta suerte, pero es para probar la fidelidad de la esposa; se oculta, aparenta huir, para conocer hasta qué punto puede contar con su fidelidad. Parece que la deja abandonada al azar, en poder de los enemigos que la atormentan; pero entonces más que nunca la ama y se muestra leal, no consintiendo que sea tentada sobre sus fuerzas, como dice San Pablo (151), sino que de la misma tentación les hará sacar provecho. Mientras más libertad aparenta dar a sus enemigos para atormentarla, más se une a ella y la defiende, haciéndole acumular más méritos y dándole ocasión de ganar más palmas, al conseguir otras tantas victorias.

Además, Jesucristo promete fidelidad y no puede faltar a su palabra. A todas las almas que se consagran a Él les dice: Ya que te elegí por esposa mía y tú has consentido en entregarme tu corazón, "te hice un juramento e hice contigo un contrato (152) y te desposaré conmigo para siempre", y mi fidelidad será a toda prueba (153).

151: Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum. (I Cor X, 13).

152: Ingresus sum pactum tecum. (Ezech XVI. 8)

153: Sponsabo te mihi in sempiternum. - Sponsabo te mihi in fide. (Os II 19).

A las veces la esposa es infiel y abandona a su Esposo divino; pero jamás acontecerá que Él sea el primero en abandonar a su esposa y faltar a su fidelidad. "Él no abandona, dice el Concilio de Trento, si no es antes abandonado" (154). Pero lo que puede suceder y alguna vez acaece es que, cuando este fidelísimo Esposo es abandonado, menospreciado por una esposa infiel, va en su seguimiento, excitándola e invitándola a volver a Él con nuevas promesas y halagos. Cuando los esposos del mundo se ven abandonados de sus mujeres, lejos de ir a buscarlas para reconciliarse con ellas, las detestan para siempre y las repudian. El divino Esposo obra de otro modo: llevado en alas de un extremado amor, se esfuerza por conquistar el corazón de la que le ha abandonado, la llama, la exhorta, la invita, le promete, le suplica, a fin de que se digne a lo menos responder a su cariño nunca desmentido.

Esta verdad puede confirmarse con el ejemplo de la Sinagoga, que de esposa amada del Señor cayó en adulterio, abandonando a Dios para darse a la idolatría, prostituyéndose de este modo no sólo a un demonio, sino a todos ellos. Escuchad las palabras del Señor sobre este particular: "Tu infidelidad ha sido sin medida; me has abandonado y hecho traición para entregarte a sinnúmero de infames amantes; me has ultrajado con tantos y tan abominables adulterios

---

154: Non deserit, nisi deseratur. (Sess 6, c. II).

cuantos son los demonios delante de los cuales te has postrado. Alza tus ojos y mira si hay lugar donde no te hayas arrojado a los pies de tan indignos señores; en todo collado alto y debajo de todo árbol frondoso te has prostituído cual mujer disoluta. Si en el mundo un marido repudia a su mujer, y ella, separada de él, toma otro marido, ¿acaso volverá jamás a recibirla, aunque él haya sido el primero en abandonarla? Pues bien: aunque tú me hayas abandonado, hecho traición y vergonzosamente menospreciado, te invito, te exhorto y te ruego a que vuelvas a Mí y yo te recibiré" (155).

¡Cómo, Señor! Vos que sois tan celoso de vuestra honra, ¿recibiréis a esta esposa infiel manchada con tantos adulterios? Yo, responde el Señor, la amaré como antes y la trataré con mi bondad acostumbrada; quiero que me llame su Padre y que me trate como a su Esposo y custodio de su virginidad, como si me hubiera guardado fidelidad tan acabada y perfecta como yo le he guardado. Venga sin temor, que la abrazaré y la estrecharé contra mi corazón, como a niña que no ha perdido la inocencia, como a virgen que jamás ha atentado contra su pudor.

Así habla el Señor, vuestro divino Esposo, a la ingrata, a la pérfida, a la adúltera Sinagoga; y así habla también al alma que ha tenido la desgracia de serle

---

155: Jer II. 30; III, I.

infiel. ¿Puede darse mayor bondad? ¿Puede hallarse caridad más acendrada? Aunque le dejen y le abandonen, y le menosprecien, corre en pos de las esposas que tan villanamente le trataron, y les ruega que tornen a Él. ¡Ah! Cierto es que un Esposo tan amable se ve a las veces menospreciado; tiene esposas que ha elegido entre mil con tanta bondad, colmándolas de favores tan señalados, y, luego, por el afecto que han cobrado a una miserable criatura, le burlan y le abandonan. Sí; en el mundo hay esposas de Jesucristo que tienen puesta su afición en vanos objetos, siendo así que deberían, como le fue dicho a Santa Teresa, sentir angustias de muerte al ver que Jesús no es amado de todos los hombres y que es menospreciado por tantos desgraciados por no juzgarle digno de su amor.

Tal es la fidelidad del divino Esposo; en cambio, ¿se hallará en este santuario de piedad alguna de sus esposas que, después de haber cifrado en Él todos sus amores, ponga su corazón, sus miradas y sus deseos en algún objeto criado?

Este Esposo, infinitamente hermoso, magnífico y amable, ¿no hallará un rinconcito en vuestro corazón? ¿Tan lleno estará de afectos terrenos? Y, al contrario, todas las cosas criadas del mundo, ¿no debían aparecer a vuestros ojos más despreciables que el vil estiércol, comparado con su amor?

Es rico, es la misma riqueza, la riqueza eterna, y para enriqueceros se ha hecho pobre. ¿Habrá alguna

esposa suya que no se tenga por feliz al considerar que por su amor lo ha dejado todo, pudiendo decir con verdad: mi Esposo es todo mi tesoro, que encierra en sí toda suerte de riquezas?

Es fiel, y le desagrada que vosotras, sus esposas amadas, lleguéis a poner vuestras miradas y vuestros pensamientos en un objeto menos digno de estima que Él.

Este es el Esposo, amadas hijas, que os habéis escogido. Durante el año de noviciado, en el cual debéis prepararos para concertar con Él vuestras bodas, yo os exhorto a no perder de vista las cualidades de este celestial Esposo, con el que os han de unir lazos indisolubles, y, pensando en su majestad y grandeza, no os canséis de daros el parabién por la resolución que habéis tomado de menospreciar todas las demás cosas, como indignas de vuestro amor, comparadas con tan supremo bien; esforzaos también por adquirir el tesoro de virtudes, que son el ornato que tales desposorios exigen sobre todo amor ferviente, desinteresado e inalterable a un Esposo tan bello, tan rico y tan fiel, y no os canséis de decir con Santa Inés: "Sólo a Él quiero, amar a Él me entrego por entero, prometiéndole eterna fidelidad y amor eterno" (156).

156: Ipsi soli servo fidem, ipsi me tota devotione committo.

CAPÍTULO V

Avisos a los novicios para alentarlos a perseverar en su vocación

La gracia de la vocación y la de la perseverancia en ella son dos gracias muy distintas. Muchos, después de haber recibido de Dios el insigne beneficio de la vocación, se han hecho indignos, por su culpa, de perseverar en ella. "No será coronado -dice San Pablo- sino el que varonilmente peleare" (157). No alcanzará la perseverancia, ni recibirá la corona que Dios tiene deparada a los que perseveran, si no pone de su parte lo que debe para combatir y vencer a sus enemigos. "Mantén lo que tienes de bueno en tu alma -dice San Juan-, no sea que otro se lleve tu corona" (158). Amado joven, ya que por un favor tan señalado del cielo has sido llamado para seguir las huellas del Señor, escucha cómo te exhorta y anima a seguirle: "Procura, hijo mío, conservar la gracia que de mis manos recibiste, y si la pierdes, ten por cierto que otro recibirá la corona que para ti tenía preparada".

157: Non coronatur nisi qui legitime certaverit. (II Tim II, 5).

158: Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam. (Apoc III, II).

I

Tentaciones más comunes de los novicios

El que entra en el noviciado entra al servicio del Rey del cielo, el cual acostumbra probar la fidelidad de los suyos por medio de tribulaciones y tentaciones, con las cuales permite al infierno que los combata. "Y porque eras acepto a Dios -dijo el ángel a Tobías- fue menester que la tentación te probase" (159). Y el Espíritu Santo, dirigiéndose a los que abandonan el mundo para darse a Dios, les dice: "Hijo, en entrando al servicio de Dios, prepara tu alma para tentación" (160). Por consiguiente, el novicio, al ingresar en el noviciado, debe prepararse, no a recibir consuelos, sino a batallar contra todos los que se dan por entero a Dios. Y advierta que el demonio tienta con más denodado empeño a un novicio, para que abandone su vocación, que a mil seglares, especialmente si el novicio entra en una Congregación de Misioneros. En esto pone Satanás todo su empeño, porque, si el novicio es fiel a Dios, le arrancará de sus manos a millares de pecadores que se salvarán por su ministerio. Y por esto nuestro común enemigo se esforzará por ganarlo de mil diversas ma-

---

159: Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentario probaret te. (Tob XII, 13).

160: Fili accedens ad servitutem Dei..., praepara animan tuam ad tentationem. (Eccli II, I).

neras, y para mejor engañarle, pondrá en juego todo género de astucias.

Las tentaciones más comunes de que se vale el infierno para tentar a los novicios y obligarles a abandonar su vocación son las siguientes:

1. El amor a los parientes.

La primera de todas es el amor y cariño a los parientes. Para resistir a esta tentación, bien será recordar las palabras de Cristo, que declara indignos de Sí a los que aman a sus padres más que a Él. "El que ama a su padre o a su madre más que a mí -dice- no es digno de mí" (161). Y aseguró el mismo Salvador que había bajado a la tierra, no para poner la paz, sino la división entre los parientes. "No vine a traer la paz -dice-, sino la espada; vine, pues, a separar al varón de su padre y la hija de su madre" (162). Y ¿por qué tanta prisa en separar a los que viven unidos entre sí por los vínculos de la sangre? Porque no se le ocultaba a nuestro divino Redentor el gran daño espiritual que unos parientes a otros se causan, y que cuando se trata de la salvación eterna, y especialmente de la voca-

---

161: Qui amat patrent aut matrem plus quam me, non est me dignus. (Mt X, 37).

162: Non veni parem mittere, sed gladium; veni enim separare hominem adversus matrem suam... Et inimici hominis domestici ejus. (Ibid).

ción religiosa, no hay más crueles enemigos que los parientes, como lo atestigua el mismo Jesucristo, cuando acaba diciendo: "Y los enemigos del hombre son sus allegados".

¡Cuántos desventurados jóvenes, por el afán de complacer a sus parientes, han perdido la vocación primero, y después el alma, que es lo que ordinariamente suele acontecer! Llena está la Historia de estos desgraciados sucesos; me contentaré con trasladar aquí algunos.

Refiere el P. Jerónimo Piatti que cierto día recibió un novicio la visita de un pariente suyo, el cual le habló de esta manera: "Mira, te hablo así porque te amo. Atiende y considera que tu delicada complexión no podrá resistir los estudios y trabajos de la religión; por otra parte, puedes dar más gusto a Dios en el siglo, especialmente distribuyendo entre los pobres parte de las riquezas con que el Señor te ha favorecido. Si te obstinas en seguir tu resolución, tendrás que arrepentirte, y a la postre, con gran vergüenza tuya, te verás obligado a salir de la religión, cuando por tu poco talento y quebrantada salud te veas metido a portero o a cocinero. Por tanto, más vale que salgas hoy del monasterio que mañana". Pervertido el joven con estos engaños, abandonó la religión; a los pocos días el infeliz novicio se entregó a todo género de vicios; cayó cierto día en manos de un rival suyo, y en la contienda salieron heridos el pariente y el malaconsejado mu-

chacho, y los dos murieron de allí a poco en un mismo día, y lo peor del caso fue que el desventurado novicio murió sin confesión, cuando más necesitado estaba de ella.

El P. Casalichio refiere también que, estando una noche cierto caballero para entrar en casa de una mujer de mal vivir, acertó a oír las campanas de los Padres Capuchinos que tocaban a Maitines. "¡Cómo! ¿Me atreveré yo a pecar -exclamó el caballero- y a ofender a Dios al mismo tiempo que van a alabarle estos sus siervos?". Y oyendo la voz de Dios entró en la religión capuchina; pero la madre movió cielo y tierra para obligarle a salir de ella. Lo llevó a su casa, y sucedió que a los pocos meses cayó el joven en manos de sus enemigos, lo mataron y, bañado en su propia sangre, se lo presentaron a su madre, llevado en una camilla.

Dionisio Cartujano habla también de dos novicios de su Orden que, pervertidos por sus padres, abandonaron la religión; a los pocos días sobrevínoles una peste, y todos, padres e hijos, murieron de ella, y, lo que es peor, como advierte dicho autor, murieron con muertes desastradas.

De otro noble joven refiere el Padre Mancinelli que, a despecho de las caricias y de los halagos de su madre, y venciendo todos los obstáculos, entró en religión con gran fortaleza de ánimo; pero después la madre, a puros ruegos e instancias, acabó por sacarle del monasterio. Una vez que hubo logrado su loco in-

tento, la madre, para dar al hijo gusto en todo, le hizo tomar lecciones de esgrima. Sucedió que un día, estando ejercitándose con un amigo suyo, éste le hirió en un ojo, y el infeliz cayó en la arena muerto, sin tener tiempo para confesarse.

El mismo P. Casalichio refiere que, dando misiones en un lugar vecino a Cosenza, llamado *Li Caroli,* supo que un joven había entrado en el noviciado de los Padres Capuchinos. El padre del joven se acercó al monasterio con gran estrépito para que le devolvieran su hijo. Después envió a un hermano con otros amigos, todos armados, y lo sacaron a viva fuerza; en esta singular hazaña se distinguió un cuñado del joven novicio. A vuelta de un mes murió el padre miserablemente ahogado en el mar, en una furiosa tempestad que se levantó mientras él navegaba. A los sesenta días murió el cuñado fuera de su casa, y el desventurado novicio, que no supo guardar con fidelidad su vocación, quedó al poco tiempo cubierto de una llaga tan asquerosa y repugnante, que por todo su cuerpo manaba la podredumbre; así murió, presa de horribles dolores, y Dios sabe con qué disposición de alma.

Dos ejemplos se refieren sobre este particular en la vida de San Camilo de Lelis. Un joven entró en el noviciado que en Nápoles tenía la religión fundada por dicho Santo. Su padre le acosó por todas partes, pero sin éxito; el joven permaneció firme en su propósito. Se trasladó a Roma, y el padre le fue a los alcances, y

el novicio cedió al fin a la tentación. Al despedirse de él el Santo, le profetizó que acabaría con muerte ignominiosa, muriendo a manos de verdugo. Así sucedió; casóse el joven, y, arrebatado por los celos, mató a su mujer y a dos criados. Todas las riquezas y tesoros del padre no fueron bastantes para salvarle la vida y arrancarle de manos de la justicia: y a los nueve años de haber salido de la religión era cortada su cabeza en el mercado de Nápoles. A otro novicio que deseaba tornar al siglo le amenazó San Camilo de Lelis con los castigos del cielo, y, en efecto, al volver a Mesina al cabo de seis meses murió de repente, sin lograr recibir los Sacramentos.

Está, pues, sobre aviso, hermano mío, para que el demonio no te haga perder la vocación por este camino. El Señor, que te ha concedido el señalado favor de abandonar el siglo para consagrarte a su amor, exige de ti, no sólo que abandones, sino también que te olvides de tu patria y de tus parientes. "Escucha, hija, y considera -dice por el Salmista-, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre" (163). Escucha, pues, y atiende a las palabras que te dice el Señor, y advierte que, si lo dejas a Él por el amor de tus parientes, experimentarás grandes angustias y remordimientos en la hora de la muerte, al acordarte de que

---

163: Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domun patris tui. (Ps XLIV, II).

has abandonado la casa de Dios y al verte rodeado de tus hermanos y parientes, los cuales, lejos de proporcionarte los espirituales auxilios, de que te hallarás tan necesitado, estarán llorando en torno tuyo e importunándote a la vez para que les dejes bien asentada su herencia, sin que ninguno de ellos abra los labios para hablarte de Dios, y con el fin de no aumentar las angustias y congojas que al morir experimentarás, se esforzarán por engañarte y darte vanas esperanzas, muriendo sin haberte preparado para tan supremo trance.

Considera, por el contrario, cuán grande será el contento que experimentarás si, habiendo sido fiel a Dios, tienes la dicha de acabar la vida en medio de tus hermanos de religión, que te ayudarán a bien morir con sus oraciones y consejos, te animarán a esperar el cielo, y, lejos de darte vanas esperanzas, te alentarán a morir con alegría.

Considera, además, que, si tus padres te aman con sin igual cariño desde hace muchos años, mucho tiempo antes y con más inefable ternura te ha amado el Señor. Tus padres te vienen amando desde hace veinte o treinta años, y "Yo -dice el Señor- te he amado con perpetuo amor" (164). Verdad es que tus padres han hecho algunos gastos y padecido no pocas incomodidades por tu causa, y, en cambio, Jesucristo ha dado

---

164: In caritate perpetua dilexi te. (Jer XXXXI, 8).

por tu amor su sangre y su vida. Por consiguiente, cuando se ablande tu corazón al pensar en los abrazos de tus padres y la gratitud que les debes te mueva a no contristarlos, acuérdate que mayor agradecimiento debes al Señor, que te ha colmado de gracias y favores. Y para animarte, puedes decirte a ti mismo: "Padres míos amadísimos, si os abandono, es por seguir la voz de Dios, que merece ser amado más que a vosotros y más que vosotros me ha amado a mí". Obrando así vencerás en esta terrible tentación que ha sido para muchos causa de perdición en esta y en la otra vida.

2. El temor de perder la salud.

Otra tentación con que suele el demonio molestar al novicio es la preocupación de la salud. ¿No ves, le dice, que con este género de vida perderás la salud y acabarás por ser del todo inútil para Dios y para el mundo?

De esta tentación debe desentenderse el novicio, poniendo su confianza en Dios, el cual, si le ha dado la vocación, le dará también la salud necesaria para conservarla. Y si, como es de suponer, ha venido a la casa del Señor con el único fin de agradarle, debe discurrir consigo de esta manera: "Ni he ocultado ni oculto a los superiores el estado de mi salud; ellos me han recibido, y si ahora no me despiden, es manifiesta voluntad de Dios que me quede aquí; y si por dar gusto al

Señor tengo que padecer y morir, ¿qué importa? ¡Cuántos anacoretas se retiraron a padecer en los bosques, encerrados en lóbregas cuevas! ¡Cuántos mártires no han dado la vida por Jesucristo! Si es del agrado de Dios que yo pierda por su amor la salud y la vida, estoy contento; no deseo ni puedo desear cosa mejor. Así debe hablar el novicio fervoroso, que abriga en su corazón verdaderos deseos de hacerse santo; si alguno no es fervoroso durante el noviciado, tenga por cierto que no lo será jamás en toda su vida.

3. Las incomodidades de la vida común.

Otra tentación es no poder soportar las incomodidades de la vida común: comida pobre y mal condimentada, acostarse en duro lecho, dormir poco, no poder salir de casa, guardar silencio y, sobre todo, no poder hacer lo que a cada cual se le antoje.

Cuando el novicio se ve asaltado por esta tentación, deberá decir lo que San Bernardo se decía a sí mismo: "Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido a la religión?" Deberá entonces recordar que no ha entrado en el claustro para llevar vida cómoda y regalada, sino para hacerse santo. Ahora bien, ¿cómo podrá llegar a la santidad viviendo entre comodidades y placeres? No, sino padeciendo y contrariando todos los apetitos de los sentidos. "Creer que Dios admite a su amistad estrecha -dice Santa Teresa- gente regalada y sin trabajos,

es disparate" (165). Y en otro lugar añade: "Almas que de veras aman a Dios no pueden pedir descanso" (166). Por consiguiente, jamás se hará santo el que no está resuelto a padecer por Dios toda suerte de trabajos.

Y no sólo no alcanzará la santidad, sino que tampoco conseguirá la paz del alma. ¿Quién halló jamás la paz gozando de los bienes del mundo y dando rienda a los sentidos? ¿Acaso los grandes de la tierra que nadan en la abundancia y se bañan en placeres? Estos, a buen seguro, son los más desgraciados, abrevados de continuo con hiel y veneno. "Vanidad de vanidades y aflicción de espíritu" llamó Salomón a los bienes del mundo, después de haber gozado de ellos hasta la hartura. Cuando el hombre pone su corazón en estos bienes, mientras más tiene, más ambiciona y nunca se sacia; y, al contrario, cuando pone en Dios su felicidad, luego halla en Él paz y descanso. "Cifra tus delicias en el Señor -dice David-, y te otorgará cuanto desee tu corazón" (167). El P. Carlos de Lorena, hermano del duque del mismo nombre, gozaba de tanta paz y contento encerrado en la celda de su convento, que a veces se ponía a bailar de alegría. El Beato Serafín de Ascoli, religioso capuchino, decía que no cambiaría un palmo de su cordón por todas las riquezas y

---

165: Cam. de perf., c. 28.

166: Fund., c. y.

167: Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui. (Ps XXXVI, 4).

honores del mundo. Y Santa Teresa, para alentarnos, dijo: "Cuando un alma se determina a padecer, está acabado el trabajo".

4. Desolación de espíritu.

A este propósito conviene hablar de otro engaño con que el infierno tienta al novicio cuando le ve sumergido en alguna espiritual desolación. ¿No ves, le dice, que aquí no encuentras la paz? Has perdido la devoción: todo te causa tedio y hastío: la oración, la lectura espiritual, la comunión y hasta las mismas recreaciones, señal manifiesta de que el Señor no te ha llamado a la religión.

Este género de tentación es terrible y espantoso para los novicios recién entrados en el convento y poco acostumbrados a la lucha. Para vencer esta tentación bien será considerar en qué consiste la verdadera paz de un alma en este mundo, que es lugar de mérito y, por consiguiente, lugar de prueba. La paz del alma no está cifrada, como hemos visto, en gozar de los bienes del mundo, ni tampoco consiste en sentir espirituales consuelos; porque éstos ni aumentan el caudal de nuestros méritos ni nos hace más agradables a Dios. La verdadera paz del alma está únicamente fundada en conformar nuestra voluntad con la de Dios; de aquí resulta que la mejor paz y el mayor descanso que podemos apetecer es conformar nuestro querer

con el de Dios, aun cuando se sirva tenernos en oscuridad y desolación espiritual. ¡Cuán agradable es a Dios el alma fiel que comulga, ora y se dedica sin ningún consuelo a toda suerte de ejercicios espirituales sólo por complacer al Señor! ¡De cuán subido precio son las buenas obras hechas sin recompensa alguna en este mundo! El Venerable P. Antonio Torres escribió de esta manera a un alma desolada: "Llevar la cruz de Jesucristo sin consuelo no sólo hace correr al alma, sino también volar por el camino de la perfección".

Cuando el novicio halle su corazón árido y seco, debe decir: "Señor, ya que es vuestra voluntad que viva desolado y privado de todo consuelo, así lo quiero yo también por todo el tiempo que fuere de vuestro agrado; no quiero abandonaros, y dispuesto estoy a padecer estas angustias y trabajos durante la vida y por toda la eternidad si así lo dispone vuestra voluntad; bástame saber que Vos así lo habéis dispuesto".

De este modo debe hablar el novicio que de veras quiere amar a Dios; pero advierta que no siempre vivirá bajo el peso de la prueba. El demonio, para desalentarlo, le hará ver que no tendrán fin sus trabajos y que vendrá un día a caer en desesperación por faltarle ánimos para la lucha. Estas son las horribles tempestades que levanta Satanás en el alma desolada y sumergida en tinieblas. Pero no hay que perder la calma, porque ya lo dice el Señor: "Al que venciere le

daré a gustar maná escondido" (168). Los que han soportado con paciencia el combate de la sequedad espiritual y han vencido las tentaciones que les ha suscitado el infierno para obligarle a volver atrás, serán del Señor consolados, dándoles a gustar un desconocido manjar, es decir, la paz interior, que, como dice San Pablo, "sobrepuja todo encarecimiento" (169). El poder decir: yo hago ahora la voluntad de Dios, doy gusto a Dios es un género de contento que vence a todos los que puede dar el mundo, con todas sus diversiones, festines, teatros, banquete, honores y grandezas. No pueden faltar las promesas que el Señor ha hecho a los que lo abandonaron todo por su amor, y el Señor ha dicho: "Cualquiera que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre o esposa hijos o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá después la vida eterna" (170). Promete, pues, el Señor el cielo en la otra vida y el céntuplo en la presente; pero ¿en qué consiste este céntuplo? Consiste, cabalmente, en el testimonio de la buena conciencia, que aventaja y con creces supera a todos los placeres del mundo.

168: Vincenti dabo manna absconditum (Apocalipsis, II, 17).

169: Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum. (Phil IV, 7).

170: Qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit. (Mt XIX, 29).

5. Dudas sobre la vocación.

Pero no hemos terminado todavía; réstanos hablar aún de las tentaciones más peligrosas; de las que hasta ahora hemos tratado están fundadas en carne y sangre, y luego se echa de ver que son tentaciones del demonio, y por eso con el socorro de la gracia divina fácilmente pueden conocerse y vencerse. Las tentaciones más temibles son las que se presentan con capa de piedad y mayor bien; porque, así ocultas y solapadas, más fácilmente seducen y engañan a los incautos.

La primera tentación de este género suele engendrar dudas sobre la vocación. El demonio turba la mente del novicio con esta o parecidas razones: ¿Quién sabe si tu vocación es verdadera o si es mero capricho tuyo? Ahora bien: si Dios no te ha llamado a la religión, te faltarán las gracias necesarias para perseverar en ella y bien pudiera suceder que después de hechos los votos te arrepientas y acabes por apostatar, y entonces ni en el mundo alcanzarás la salvación, y en este caso tu perdición será segura.

Para combatir esta tentación bastará saber cómo y cuándo puede uno estar seguro de su vocación. Una vocación bien fundada debe tener tres condiciones: primera, proponerse un buen fin, es decir, alejarse de los peligros del mundo, asegurar mejor la salvación del alma, unirse a Dios con más apretado lazo de amor; segunda, que no haya algún estorbo positivo que impi-

da seguir la vocación, como sería la falta de salud, de talento, la pobreza de los padres; una vez que el sujeto haya expuesto a los Superiores con sencillez y llaneza estas cosas, debe permanecer tranquilo; la tercera, que lo acepten los Superiores. Ahora bien: concurriendo estas tres cosas el novicio debe tener por cierto que su vocación es verdadera.

6. Que en el siglo era más piadoso.

Otra tentación puede tener el joven : que en el siglo ha llevado vida piadosa y recogida. "Cuando vivía en el mundo -le insinuará el espíritu maligno- te dabas más a la oración, te mortificabas más, guardabas más estrecho retiro y silencio, dabas más limosna etc. Ahora estás atado para ejercitarte en tan santas obras, y cuando se acabe el noviciado lo estarás más todavía, porque entonces tendrás que consagrarte al estudio; los Superiores te confiarán los oficios de la Comunidad y la obediencia te pondrá en otros ministerios, todos ellos origen de no pocas distracciones".

¡Engaño manifiesto de Satanás! El que da oídos a esta tentación, es señal de que todavía no ha llegado a comprender cuán grande sea el mérito de la obediencia. Decía Santa María Magdalena de Pazzis que todo lo que se hace en una casa religiosa es oración. Por otra parte, el que ofrece a Dios limosnas, ayunos y penitencias, le da parte de lo que tiene, no se lo da todo;

mejor diré: le da sus cosas, pero no se da a sí mismo; mas, por el contrario, el que renuncia a su voluntad por el voto de obediencia, se ofrece a Dios por entero, de tal suerte, que le puede decir: "Después de haberos, Señor, consagrado mi voluntad, ya no tengo más que ofreceros". La privación mayor para el hombre es privarse de su propia voluntad, y por esto cabalmente es el don más precioso que podemos ofrecer a Dios y que el Señor nos pide con más instancia, diciéndonos: "Hijo mío, dame tu corazón" (171), es decir, tu voluntad. Por esto dice también el Señor que en más estima la obediencia que todos los sacrificios que podamos ofrecerle (172). De suerte que el que se entrega a Dios por la obediencia alcanza, no una, sino todas las victorias a la vez sobre los sentidos, los honores, riquezas, placeres mundanos y sobre todo lo demás. Ya lo dijo el Sabio: "El varón obediente cantará victoria" (173).

El que vive en el mundo gana méritos, sin duda, ayunando, mortificándose, orando, etcétera; pero comoquiera que todo esto lo hace por propia elección y voluntad, gana mucho menos que el religioso, que obra siempre impulsado por la obediencia. Así que el religioso atesora méritos para el cielo, no sólo cuando reza y ayuna y se da la disciplina, sino también cuando estudia, cuando sale de paseo, cuando va a la mesa

171: Praebe, fili mi, cor tuum mihi. (Prov XXIII, 26).

172: Melior est enim obedientia quam victimae. (I Reg. XV, 22).

173: Vir obediens loquetur vitorias. (Prov XX, 28).

o está en recreación o se retira a descansar. Decía San Luis Gonzaga que en la nave de la religión hacen también el viaje los que no bogan ni dan al remo. Por eso vemos con frecuencia a muchas personas, dadas a la piedad y a la perfección, que han querido ponerse debajo de la obediencia, entrando en alguna Comunidad religiosa, convencidas de que el mérito de las acciones hechas por voluntad y elección propia es inferior al de las mismas obras que se hacen por obediencia.

7. En el mundo podría haber ganado más almas para Dios.

Una tentación semejante a la anterior, aun más fuerte que ella, puede presentar el demonio al espíritu poco avisado del novicio, haciéndole creer que fuera de la religión podía hacer mayor bien al prójimo. "Has entrado en este Instituto -le dice- donde hay ya tantos sujetos que trabajan por salvar a las almas; mayor provecho podías sacar estando fuera, ayudando a las almas de tu pueblo, que viven tan privadas y destituídas de espirituales auxilios".

El que padece este género de tentación debe advertir que el mayor bien que podemos hacer es aquel que Dios quiere de nosotros.

El Señor no necesita de nadie, y si quiere socorrer a las almas de nuestro país, mil medios tiene en su mano para conseguirlo. Por consiguiente, hermano mío,

habiéndote el Señor llamado a la religión, el único bien que de ti espera es que obedezcas a la Regla y a tus Superiores; y si la obediencia te manda estar metido en un rincón como trasto inútil o barrer la casa y lavar la vajilla, este y no otro es el mayor bien que puedes hacer.

Además, ¿qué bien puede hacer en su propio país? Cuando a nuestro amantísimo Salvador le convidaron a predicar y hacer bien a sus paisanos, respondió: "Ningún profeta es bien recibido en su patria" (174).

Por lo que mira a las confesiones, suele con verdad decirse que los confesores del país los son únicamente de pecados veniales, porque las gentes sienten natural repugnancia en declarar sus pecados graves a un sacerdote pariente o conocido suyo, con quien tratan y conversan familiarmente, y por eso prefieren confesarse con sacerdotes extraños. En cuanto a la predicación, ya se sabe que los predicadores del país son de poco o de ningún provecho, sea porque el predicador es paisano, sea porque los oyentes se acostumbran a oír la misma voz. Aunque el predicador fuera tan elocuente como San Pablo y agradase al principio hasta más no poder, a vuelta de seis meses, o a lo más un año, acabará por desagradar y hacer poco provecho en las almas.

Esta es la razón y el porqué los misioneros sacan gran fruto en los pueblos donde van, porque son foras-

---

174: Nemo propheta acceptus est in patria sua. (Lucas, IV, 24).

teros y voces desconocidas. Es cierto que un sacerdote perteneciente a una Comunidad consagrada al ministerio apostólico, y mayormente al ministerio de las misiones, salvará más almas en un mes, o en una sola misión, que si estuviera trabajando en su patria por espacio de diez años. Además, morando siempre en un mismo lugar, sólo a las almas que allí viven puede extenderse su celo, mientras que predicando misiones puede salvar a las de ciento y mil poblaciones distintas. Añádase a esto que viviendo en el siglo, anda uno dudoso e incierto, por ignorar si Dios quiere de él que se dedique a estas o aquellas obras; al paso que, viviendo en la religión, mientras obedezca a los Superiores está seguro de que en todas sus acciones da gusto al Señor.

Sólo los religiosos son tan felices, que con toda verdad pueden decir con Baruch: "Dichosos somos nosotros, ¡oh Israel!, porque sabemos las cosas que son del agrado de Dios" (175).

8. No estoy llamado a la vida activa.

Finalmente, el demonio puede con un nuevo género de tentación ganar a las almas que han sido favorecidas por Dios con espirituales y sensibles consuelos, con el

---

175: Beati sumus, Israel, qui quae Deo placent, manifiesta sunt nobis (Bar IV, 4).

don de lágrimas y otras gracias extraordinarias. ¿No ves, le dice, que no estás llamado a la vida activa, sino a gozar de la contemplación, de la soledad y de la unión con Dios? Es menester, por consiguiente, que te dediques a la vida contemplativa, o que a lo menos te retires a un lugar solitario: esta y no otra es tu vocación.

Si a mí me tentase el demonio con esta tentación, le respondería: "Puesto que me hablas de vocación, yo debo seguir la que Dios me ha dado y no tus sugestiones y mis caprichos. Habiéndome el Señor llamado a esta Congregación de Misioneros, ¿quién me asegura que el abandonarla es inspiración de Dios y no tentación manifiesta?".

Lo mismo te digo a ti, hermano mío; no hay duda que el Señor llama a unos a la vida contemplativa y a otros a la vida activa; pero habiéndote llamado a una religión consagrada al ministerio apostólico, debes tener por cierto que la vocación a otro género de vida no viene de Dios, sino del demonio, que pretende por este medio hacerte perder tu verdadera vocación a otro género de vida no viene de Dios, sino del demonio, que pretende por este medio hacerte perder tu verdadera vocación. Decía San Felipe Neri que no se debía abandonar un estado bueno por otro mejor sin estar seguros de que tal es la voluntad de Dios; para no equivocarte, deberías estar más que moralmente cierto de que es voluntad del Señor que tomes otro estado; pero ¿quién te dará esta certidumbre, sobre todo cuando tu

superior y tu director espiritual están de acuerdo para decir que padeces engaño y tentación?

Además, no debes olvidar, como enseña Santo Tomás, que si bien la vida contemplativa, en sí misma considerada, es más perfecta que la activa, esto no obstante, siempre será verdad que la vida mixta, o sea la oración y la acción, es la más perfecta, por ser la que llevó Jesucristo. Ahora bien: las comunidades de misioneros bien reguladas viven esta vida mixta, dedicando muchas horas cada día a la oración y al silencio. Por lo cual estos religiosos pueden decir con toda verdad que mientras están fuera de casa son misioneros y viviendo dentro de ella viven como solitarios.

Así pues, hermano mío, no te dejes engañar con estos especiosos pretextos de Satanás; y ten por cierto que, si abandonas tu Instituto, te arrepentirás, como a tantos otros aconteció y sólo conocerás tu yerro cuando ya no puedas remediarlo; porque el que sale una vez de la religión, a duras penas será otra vez recibido en ella.

II

Medios para conservar la vocación

El primer medio es "evitar las faltas deliberadas". Téngase muy en cuenta que el demonio se esfuerza mucho en hacer pecar al novicio, no tanto por el mal que entraña la culpa cuanto para hacerle perder la

vocación; porque ya es sabido que, cometiendo faltas deliberadas, pronto se comienza a perder el fervor en la oración, en la comunión y en todos los demás ejercicios de piedad. El Señor, por su parte, con sobrada razón no será tan largo en otorgarle sus gracias y favores, según aquella ley general de su Providencia de que nos habla San Pablo cuando dice: "Quien escasamente siembra, cogerá escasamente" (176). Esto acaecerá especialmente a los orgullosos; porque al paso que Dios resiste a los soberbios, el demonio va ganando sobre ellos mayor ascendiente. Y así vendrá a suceder que, aumentando, por una parte, la tibieza del novicio, y viéndose por otra privado de la luz divina, no será difícil al infierno conseguir su intento: el de hacerle perder la vocación.

El segundo medio es hacer explotar la mina, o sea: "descubrir la tentación a los Superiores". Dice San Felipe Neri que "la tentación descubierta está medio vencida". Así como en una llaga cerrada fácilmente se forma la gangrena, así también la tentación oculta causa grandes estragos, como lo atestigua la experiencia. En efecto: los que en la tentación no saben qué partido tomar y comienzan a deliberar si han de inclinarse a la derecha o a la izquierda, sin dar cuenta de ello al Superior, casi todos ellos han perdido la vocación. En estos casos hay que hacerse violencia y abrir su cora-

176: Qui parce seminat, parce et mete. (II Cor IX, 6).

zón a los Superiores; y Dios se complace tanto en este acto de humildad del novicio y en aquella violencia que se ha tenido que hacer, que de repente disipará con un rayo de su luz todas las tinieblas y dudas de su espíritu.

El tercer medio es la oración: recurrir a Dios pidiéndole la santa perseverancia, la cual, como dice San Agustín, se alcanza a puros ruegos. Pero advierta el novicio que se ha sentido llamado por Dios y luego está tentado a abandonarle, advierta, repito, que no debe dirigirse al Señor, diciéndole: "Iluminadme, Señor, para que entienda lo que debo hacer", porque esta luz que pide ya se la otorgó Dios llamándole; y acontecerá que, pidiéndosela, fácilmente se transformaría el demonio en ángel de luz, logrando fascinarle y hacerle creer que es luz del cielo el pensamiento infernal de salir de la religión. La oración del novicio debe ser ésta: "Señor, ya que me habéis dado la gracia de la vocación, dadme también la fuerza necesaria para perseverar en ella".

Cierto joven fue llamado por Dios al estado religioso, y, tras largas pruebas, el Director aprobó su vocación y el joven entró en un convento; pero los padres le molestaron tanto que llegaron a obligarle a que se retirase a otra parte para examinar más despacio su vocación. Pero acontenció que, en vez de tornar al convento de donde salió, se volvió a su casa, con gran contento de sus padres y no menos desagra-

do del Señor. Y cuando le pregunté por qué había caído en error tan lamentable, me contestó que había pedido al Señor que le iluminase, diciendo: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (177), y que al terminar su oración había determinado volver a la casa de sus padres. Yo entonces le contesté: "Te has equivocado, hijo mío; tu vocación era cierta, apoyada en mil evidentes razones; no debías haber dicho: *Hablad Señor*, porque Dios ya te había hablado, sino más bien: "Dadme, Señor, la fuerza necesaria para seguir vuestra voluntad, ya que os habéis dignado dármela a conocer". Porque no oraste así al Señor, perdiste la vocación". Que sirva la desgracia de este joven para escamiento de muchos.

Advierta además el novicio que en el momento de la tentación, momento de confusión y tinieblas, no debe buscar razones para calmar sus inquietudes; ofrézcase de nuevo a Dios y pídale de esta manera: "¡Oh Dios mío!, ya que me he entregado del todo a Vos, no quiero abandonaros; ayudadme, no permitáis que os sea infiel". Y repitiendo con más insistencia esta oración mientras más apriete la tentación, y descubriéndola luego, como queda dicho, a los Superiores, suya será la victoria. Encomiéndese entonces de modo especial a la Virgen Santísima, que es la Madre de la perseverancia.

177: Loquere Domine, quia audit servus tuus. (I Reg., cap. III, 9).

Un joven novicio, vencido por la tentación, estaba ya para salir del monasterio; pero antes se arrodilló en presencia de una imagen de la Virgen, para rezarle un Avemaría; al punto se sintió como clavado en el suelo sin poderse mover; agradecido a la Madre de Dios por tan singular favor, hizo voto de perseverar en la religión; después de lo cual se levantó sin gran trabajo, fuése a pedir perdón al maestro de novicios y perseveró en su vocación.

Primera, que la gracia de la vocación, con que el Señor te ha favorecido, no se lo pagues con ingratitud, haciéndole traición, y advierte que, siéndole infiel, te pones en gran peligro de condenarte; y puedes tener por seguro que en esta vida no gozarás de un momento de paz, pues los remordimientos de conciencia despedazarán tu corazón hasta la muerte.

Segunda, cuando la tentación te acometa con más furia y te quiera persuadir el enemigo que, de no abandonar la religión, llevarás vida de condenado, que te arrepentirás tarde o temprano, que tendrás que dar cuenta a Dios de tu rebeldía y otras cosas semejantes, ya indicadas más arriba, trae entonces a la memoria el punto y hora de la muerte y reflexiona que, si ahora te hallases en aquel duro trance, no te arrepentirías de haber seguido tu vocación; antes al contrario, gozarías de suma paz e indecible contento, al paso que experimentarías amargas angustias y grandes pesares de haber sido infiel a la voz de Dios. Si

este pensamiento no se te cae de la memoria, no te perderás; durante la vida disfrutarás de tranquila paz, y en la hora de la muerte recibirás la corona de la gloria que Dios tiene preparada para sus fieles servidores.

Ofrecimiento y oración que con frecuencia debe hacer el novicio para alcanzar la perseverancia en su vocación

¡Oh Dios mío! ¿Quién podrá jamás daros las debidas gracias por haberme llamado con tan grande amor a formar parte de vuestra familia? ¿Merecía yo, Señor, tan grande beneficio después de haberos tantas veces ofendido? Mientras que muchos de mis compañeros permanecen en el mundo, rodeados de tantas ocasiones y peligros de condenarse, yo he sido llamado a vivir en vuestra casa, en compañía de tantos siervos vuestros, donde hallo mil medios y ayudas para hacerme santo. Espero, Señor mío, agradeceros tan gran merced en el cielo, durante toda la eternidad, donde cantaré sin cesar las misericordias que conmigo habéis usado. Entretanto, vuestro soy y siempre lo quiero ser; y aunque ya os entregué cuanto soy y tengo, vuelvo a renovar esta mi ofrenda. Resuelto estoy a seros fiel y no abandonaros jamás, aunque tuviera que perder mil vidas. Aquí me tenéis, dispuesto a seguir sin reserva vuestra santísima voluntad. Haced de mí lo que

os agrade; y si queréis que viva desolado, enfermo y menospreciado, gustoso lo aceptaré todo; tratadme como queráis; a mí me basta saber que os obedezco y os doy gusto. Sólo os pido que me concedáis la gracia de amaros con todo mi corazón y de seros fiel hasta la muerte.

¡Oh María, amadísima Madre mía! Vos me habéis alcanzado de Dios cuantas gracias he recibido de su piadosa mano: el perdón de mis pecados, la vocación a la vida religiosa y la fuerza para obedecer a ella: acabad, pues, vuestra obra, alcanzándome la perseverancia hasta la muerte. Así lo espero, así sea.

Memorial del novicio para conservar el fervor

Cuando seas reprendido o acusado, no te defiendas y procura amar con particular afecto ante Dios al que te acusa o te reprende.

Ama la humildad en todo: en los oficios, en el vestido, en la celda, en el alimento, etc.

Sin ser preguntado no te adelantes a dar tu parecer.

Mortifícate en todo, siguiendo los dictámenes de la prudencia y de la obediencia: en el comer, dormir, mirar, oir, etc.

Guarda gran recato y modestia contigo y con los demás; no toques con la mano a los otros, ni fijes en ellos tus miradas; guarda gran modestia en los ojos,

sobre todo en la iglesia, en la mesa, en las recreaciones y en los paseos.

No hables, a no ser que la gloria de Dios, la utilidad propia o ajena te obliguen a ello; y cuando tengas que hablar, sobre todo en la recreación, no alces demasiado la voz; evita las disputas y las conversaciones sobre el lustre de la familia, sobre el talento y las riquezas, y todos los vanos discursos relacionados con la comida, caza, juegos, guerras, honores y bienes adquiridos y otras cien cosas que tienen sabor seglar y mundano. Procura, al contrario, mezclar en la conversación devotas pláticas, hablando de la vanidad del mundo, del amor que debemos a Jesús y a María, de la gran dicha de los santos y del modo de adelantar en la virtud.

Si caes en alguna falta, humíllate luego y arrepiéntete, y recobra luego la calma.

No desees nada contrario a la voluntad de Dios; no le pidas consuelos espirituales, y en las sequedades humíllate y resígnate, diciendo: "No merezco, Señor, gozar de vuestros consuelos; estoy contento viviendo así toda mi vida".

Levanta con frecuencia el corazón a Dios haciendo fervorosas jaculatorias; las siguientes pueden a ello ayudarte:

¡Dios mío, sólo a Vos quiero amar!

Dadme a entender lo que de mí queréis, que dispuesto estoy a cumplirlo.

Haced de mí lo que os agrade.

Quiero todo lo que Vos queréis.

Dadme vuestro amor y luego disponed de mí como fuereis servido.

Jesús mío, os amo, os amo, os amo.

Daos a conocer, haceos amar de todos los hombres.

Renuncio a todo; Tú sólo me bastas.

¡Mi Dios y mi todo!

¡Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

¡Oh buen Jesús, seas por siempre bendito y alabado! Mi vida fue causa de tu muerte: tu muerte me dió la vida.

CAPÍTULO VI

Carta de San Alfonso a los novicios de su Congregación, en la cual les habla del aprecio que deben hacer de su vocación y de los medios que deben emplear para conservarla

¡VIVAN JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA!

Nocera de Pagani, 28 de enero de 1762.

Amadísimos hermanos míos: Sólo Dios sabe lo mucho que envidio vuestra suerte. ¡Ojalá que hubiera yo tenido la dicha de retirarme desde mi juventud a la casa de Dios, para vivir en compañía de tan buenos hermanos, que unos a otros se estimulan a amar a Dios con todo su corazón, y alejado del mundo maldito, donde tantos se pierden! Os envidio, pues, y os exhorto a dar a Dios muy rendidas gracias por la merced que os ha dispensado de abandonar el mundo por su amor.

Estas son mercedes que no a todos se conceden. ¡Cuántos amigos y compañeros vuestros viven ahora en vuestro pueblo distraídos, inquietos, cercados de mil peligros y acaso muy alejados de Dios!; porque habéis de advertir que es harto difícil que la juventud, en medio del mundo, no acabe por caer en la esclavitud del demonio.

Pero velad y estad alerta, porque el enemigo no se cansa de inventar medios para haceros perder la vocación. Si en este negocio logra su intento, todo lo da por bien empleado.

Todos debéis estar convencidos que seréis probados y tentados con toda suerte de tentaciones. Entonces no os detengáis a discutir la tentación; no os queda más remedio que acudir a Dios diciendo: "Señor, que me he entregado a Vos, no quiero jamás abandonaros; aunque todos os abandonasen, yo nunca os dejaré".

Acudid de modo especial a María Santísima, que se llama la Madre de la perseverancia. El que en todas sus luchas acude a la Virgen, no es posible que pierda jamás la vocación.

Tened por cierto que el que muere en la Congregación no sólo se salvará, sino que también se salvará como santo y ocupará en el cielo un gran trono de gloria.

Uníos, pues, más y más cada día a Jesucristo con los dulces lazos del amor; el amor es aquella cadena de oro que estrecha las almas con Dios, uniéndolas con tan apretado lazo, que ya no pueden separarse de Él. Por esto os recomiendo que hagáis siempre actos de amor en la meditación, en la comunión, en la visita al Santísimo Sacramento, en la lectura espiritual, en la celda, en el refectorio, en el paseo; en una palabra: en todos los lugares y en todos los tiempos.

El que ama de veras a Jesucristo no teme perderlo, y por su amor se abraza generoso con todo género de

trabajos, desprecios y privaciones. El que por esta senda no camina, fácilmente perderá la vocación, que es la mayor desgracia, amados hermanos míos, que os puede acontecer. Por esta causa pido a Dios que os envíe la muerte antes que perdáis vuestra vocación, pues tamaña desventura sería fuente y origen de muchas otras desgracias.

Sabed que, perdida la vocación y vueltos otra vez al mundo, haciéndoos sordos a la voz de Dios, os faltará el valor de hacer oración, porque en ella la conciencia os recordará de continuo vuestra infidelidad; de suerte que, abandonando la oración, cosa harto fácil, y metidos de nuevo en el mundo, rodeados de malos amigos, cercados de ocasiones y privados de las especiales gracias del Señor, que de ellas acostumbra privar a los que son infieles a su llamamiento, ¿qué será de vosotros durante la vida y por toda la eternidad?

Y aunque lograseis salvaros, que lo veo muy dificultoso, perderéis al menos aquella hermosa corona que el Señor os tenía preparada de haber sido fieles a la vocación. Y tened por cierto que en este mundo llevaréis siempre vida desgraciada, llena de inquietud y amargada de continuo por el remordimiento de haber abandonado a Dios por seguir vuestros antojos. Por esto os repito que pido a su Divina Majestad que os envíe la muerte antes que permitir tan gran desgracia.

¡Adelante, pues! Os bendigo de parte de la Santísima Trinidad, y especialmente en nombre de Jesucris-

to, que con su muerte os ha conquistado la suma e inapreciable gracia de la vocación.

Os bendigo también en nombre de María Santísima, a fin de que os alcance la santa perseverancia. Os suplico que améis con entrañable amor a la Madre de Dios y que la llaméis siempre en vuestro socorro, si es que deseáis haceros santos.

¡Ánimo y alegría! Haceos santos y amad mucho a Jesucristo, que por amor de cada uno de vosotros ha dado su sangre y su vida.

Haceos santos y rogad a Dios por mí, pobre viejo que al acercarme a la muerte me hallo sin haber hecho nada por Dios; procurad vosotros al menos amarle por mí.

Espero, antes de morir, veros y abrazaros a todos, después que os hayáis unido a Jesucristo con el vínculo de los santos votos.

Todos los días, y muchas veces al día, os encomiendo al Señor; hacedlo tambíen vosotros a mí.

Os abrazo en el Corazón de Jesús y otra vez os bendigo.

¡Vivan Jesús, María, José y Teresa!

Si alguno se siente molestado por alguna tentación contra la vocación —hablo de tentaciones permanentes, no pasajeras—, le ruego que me escriba luego y no tome resolución alguna antes de recibir mi respuesta: después haga lo que bien le pareciere.

INDICE

Págs.

Al lector 3

Cap. I. Avisos sobre la vocación religiosa 7
I. Cuánto importa seguir la vocación al estado religioso 7
II. De los medios para conservar la vocación en el mundo 18
1.º Del secreto 18
2.º De la oración 25
3.º Del recogimiento 27
III. De las disposiciones necesarias para entrar en religión 28
1.º Desprecio de las comodidades de la vida 32
2.º Desprendimiento de los parientes 34
3.º Desprendimiento de la propia estima 38
4.º Desprendimiento de la voluntad propia 42
IV. De las pruebas inherentes a la vida religiosa 46
1.º Acudir a Dios 47
2.º Descubrir la conciencia a los Superiores 48

Cap. II. I. Respuesta a un joven que pide consejo acerca del estado de vida que debe elegir 53
II. Avisos a una joven que vacila acerca del estado que ha de elegir 62

Cap. III. Consideraciones útiles a las personas que son llamadas al estado religioso 70
Cons. I. Cuán bien se asegura en el estado religioso la salvación eterna del alma 70
Cons. II. Muerte feliz del religioso 74
Cons. III. Estrecha cuenta que deberá dar a Jesucristo en el día del Juicio el que no haya obedecido a su vocación 79
Cons. IV. Tormento que padecerá en el infierno el que se condene por haber perdido la vocación ... 82
Cons. V. De la gloria inmensa que gozan los religiosos en el Cielo 85
Cons. VI. De la paz interior que Dios da a gozar a los buenos religiosos 90
Cons. VII. Del daño que la tibieza causa a los religiosos 94
Cons. VIII. Cuán agradable es a los ojos de Dios el alma que se le entrega totalmente 98
Cons. IX. Para hacerse santo hay que tener un gran deseo de llegar a serlo 102
Cons. X. Del amor que debemos a Jesucristo para corresponder al que nos ha manifestado 107
Cons. XI. De la gran dicha que tienen los religiosos de habitar con Jesús Sacramentado 111
Cons. XII. La vida del religioso es la más conforme a la de Jesucristo. 115
Cons. XIII. Del celo que deben tener los religiosos por la salvación de las almas 119

Cons. XIV. Cuán necesarias son al religioso las virtudes de humildad y mansedumbre 124
Cons. XV. De la confianza que deben tener los religiosos en el patrocinio de María 128
Oración sacada de las obras de Santo Tomás de Aquino 131

Cap. IV. I. Conferencia familiar predicada en la toma de hábito de una doncella. 133
II. Conferencia predicada en la toma de hábito de dos jóvenes doncellas 143

Cap. V. Avisos a los novicios para alentarlos a perseverar en su vocación 163
I. Tentaciones más comunes de los novicios 164
1. El amor a los parientes 165
2. El temor de perder la salud 171
3. Las incomodidades de la vida común 172
4. Desolación de espíritu 174
5. Dudas sobre la vocación 177
6. Que en el siglo era más piadoso 178
7. En el mundo podría haber ganado más almas para Dios 180
8. No estoy llamado a la vida activa 182
II. Medios para conservar la vocación 184
Ofrecimiento y oración que con frecuencia debe hacer el novicio para alcanzar la perseverancia en su vocación 189

Memorial del novicio para conservar el fervor 190

Cap. VI. Carta de San Alfonso a los novicios de su Congregación, en la cual les habla del aprecio que deben hacer de su vocación y de los medios que deben emplear para conservarla. 193